

OLOR A LIMÓN

Isla

Esta mañana, había un elefante blanco en el patio. Lo miré de reojo, porque no quería incomodarlo. Quise ir al huerto para darle algo de comer, pero hacía frío, así que dejé las puertas abiertas por si quería entrar. Pero no lo hizo. Se quedó ahí parado, mirándome mientras se comía las hortensias y sus dientes se tintaban de azul. Empezó a llover, y cerré las puertas sin echar la llave, por si quería entrar. Pero él solo me miraba a través de la ventana que dejé abierta por si me decía algo y no le oía.

Acaba de llegar mi madre. El escritorio está empapado y la madera empieza a levantarse en las esquinas. Grita y me dice que cuando llegue mi padre, se lo tendré que explicar yo. Intento contarle lo del elefante blanco, pero no puede oír nada por encima de su voz. Y se va a su habitación, que hace tiempo no comparte con mi padre. Exagera, solo es un escritorio viejo. Recojo, friego los charcos del suelo y, mientras seco el escritorio, miro por la ventana, pero no encuentro al elefante. En el patio, hay un charco grande, un poco más blanco. Entonces, mi madre sale de la habitación, y me abraza, mientras canta una canción, porque es su forma de pedir disculpas. Huele a limón, y yo acaricio su pelo áspero y beso la mancha que tiene en la mejilla.

Mi padre llega tarde, con la frente arrugada y oliendo a bourbon. Esta noche, los gritos de mi madre son ahogados por otros más fuertes, más secos, menos blancos.

Cenamos empapados, como el escritorio, y yo me pregunto si el elefante tendrá frío. Aunque, tal vez, solo está lloviendo dentro de casa.

Cuando me despierto, espero a que mis padres se vayan y salto de la cama. Sin ponerme las zapatillas, salgo al patio y ahí está. Pero hoy es menos blanco, un poco más amarillo y le han salido manchas marrones. Como la que tiene mamá en la mejilla, como su pelo. Me acerco a él, y estiro un brazo. Agacha la cabeza y me da un golpe cariñoso con la trompa en el hombro.

Mi padre ha vuelto pronto. Cuando entra en casa, arrugo la nariz, porque huele a tabaco y alcohol. Tanto, que ni se puede intuir el olor a limón cuando llega mi

madre. Me dice que vaya a por leña, que tiene que hablar con mi padre y finge una sonrisa. Una sonrisa de plástico.

Oigo un golpe sordo al salir, y gritos con una voz ronca disfrazados de preguntas. Busco a mi elefante, pero ya no está.

Esta noche hace mucho frío, y la cena está empapada, pero hay hortensias en un jarrón que huelen a culpa. Al recoger la mesa, a mamá se le cae un plato, y después un vaso. Y de repente, su espalda choca con el escritorio, y la mancha de su mejilla se vuelve más oscura. Mi padre grita. Ella me mira, y con los ojos me pide que me vaya. Yo salgo corriendo, tropezándome con mis propios pies, descalzo y con un pijama de cuadros que me queda grande. En la calle, mi respiración se convierte en humo y busco al elefante. Le veo, un poco lejos, pero me mira, invitándome a seguirle. Corro hacia él y las zarzas me llenan las piernas de heridas. Me pongo en frente de él, y, agachando la cabeza, me rodea con su trompa y me impulsa hacia arriba. Sentado en su espalda, todo se ve con un poco más de luz, y hace menos frío. Me agarro a sus orejas, y corremos. Corremos durante mucho tiempo, sin llegar a ningún sitio. A nuestro alrededor, el color blanco pasa a ser verde, que se va convirtiendo en un amarillo apagado, que después se torna marrón. Al principio puedo ver el bosque, pero al ganar velocidad, solo distingo colores borrosos, formas que cambian a cada zancada que damos. Desaparece el olor a tabaco, a culpa, y las piernas se me llenan de cicatrices.

Cuando volvemos a casa, el elefante ya no es blanco, verde, ni amarillo, Ni tiene manchas. Es marrón, y áspero. Y su piel está cuarteada, cortada por unas líneas finas de un marrón más claro que sobresalen. Y cuando lo acaricio, esta se rompe por capas, deshaciéndose, como una hoja de otoño. Me seco los ojos, y palpo en mi cara algunas arrugas. El pijama me queda corto, y me impide respirar. Delante de mí, una casa en ruinas.

Entro sin hacer ruido. En el salón, un hombre apestando a tabaco y bourbon mira sin pestañear los restos de una vajilla rota esparcidos por el suelo. Levanta la cabeza y me dirige una mirada vacía. No dice nada. Devuelve la mirada a los pedazos de porcelana. En la esquina, un sonido de arañazos sale de un escritorio de madera podrida. Me acerco, y con cuidado abro el cajón. El

olor a limón me empapa, y me aparto de un salto cuando un ratoncillo de color marrón y pelo áspero sale corriendo de su interior, arañando la madera. Me mira durante un segundo y, justo antes de salir por la ventana, puedo ver una mancha un poco más oscura en su mejilla derecha.